



## LA BREVE HISTORIA DE SAN LUIS POTOSÍ

“En el camino de hierro que lleva a la frontera de Estados Unidos, las torres del Santuario de Guadalupe, esbeltas, gráciles y apuntando al cielo como índices de una esperanza inmóvil y externa, le anuncia al viajero del tren de Laredo la proximidad de San Luis Potosí, ciudad procer, señorial y plácida, cuyo nombre habla de un rey santo y da idea de vitalizar, durante siglos, los agotados tesoros del viejo Mundo.

San Luis Potosí no le sale al paso al viajero invitándole a llegar. Antes bien, oculta con artificioso y humilde misterio, mediante unos aledaños pobres y descuidados, sus posibilidades acogedoras y hospitalarias. No deja entrever siquiera el encanto de su casas de traza colonial. Sus palacios de cantera rosada y todas sus otras bellezas arquitectónicas no sobresalen lo bastante para ser visitadas desde lejos, a causa de sus modestas proporciones y de la perfecta topografía plana de su asiento. Sus jardines de clásico encanto provinciano están ocultos entre el caserío. Jardines de serenata, de cita de amor, de reposo, de paz[...]

La ciudad se recoge dentro de sí misma con esa visión introspectiva de las bellezas tranquilas y serenas que no necesitan exhibirse ni mirar hacia afuera. Se recrea en sus jardines

—verdor eterno, rumor de frondas, frescor de agua corriente— situados frente a los templos que han logrado conservar en torno suyo el ambiente de su vida recolecta de otros tiempos. Los puso allí para hacer más amable la caminata de las multitudes rezadoras, el tránsito de la gente que divide su tiempo entre el hogar, de exquisita vivencia antigua y las prácticas religiosas, con todos sus ruidos y paisajes familiares: cantos litúrgicos que salen hasta el jardín junto con el olor del incienso y el rumor de las plegarias; claro sonar de las campanas que semejan penetrar con sus vibraciones en un remotísimo pasado; algarabía de pájaros que entran o salen de sus nidos en los altos ramajes inundados por la luz de los crepúsculos. En el jardín reside el alma del potosino panorama. Centro de reunión, hito amable, punto de partida, prolongación del templo, de él sale la gente al paseo por las calles o a la tertulia, en la sala de muebles antañones, con amplios ventanales de gruesas rejas que dan a la pública vía para que ésta se asome y participe, si quiere, de la dicha sencilla que se exhibe con provinciana complacencia.

Ciudad de afectos profundos, porque es de una prodigalidad maternal incomparable, le impone al que a ella retorna para cumplir con la

manda inexorable del recuerdo, un portazgo de emoción. Se anuda ésta a la garganta a la vista del caserío que tantas vidas amigas cobija y dentro del cual emerge un bosque de cimborrios y cúpulas, de espadañas y campaniles, la perspectiva, en fin, que arranca el primer grito de alegría a la memoria adormecida. Luego, le exige una demora, una antesala —;siempre el motivo del jardín romántico!— en la extensa Alameda inmediata a la Estación del Ferrocarril, antes de enseñarle sus dos monumentos orgullosos: el Teatro de la Paz, de severo pórtico griego y el Templo del Carmen. Fruto, el primero, de una reciente época de un esplendor progresista y el otro sueño de artista devoto, de aquéllos que esculpían, pintaban o decoraban con un sentido religioso del arte y dejaban en toda su obra la paciencia de la santidad y el trasunto de lo infinito y eterno. Allí realizo Tres Guerras una de sus obras más perfectas. Hizo cantar la piedra con un poema de plástica belleza, que quedó impreso en la portada de labradas columnas, de arcadas graciosas, donde la filigrana del adorno ablanda la dureza del granito y convierte a éste en cosa frágil, vaporosa, de ensueño, como para acomodar suavemente en nichos y hornacinas a los santos sumidos en su grave abstracción de siglos y a los ángeles[...]

Hay en todo San Luis un derroche del material que la naturaleza le dio pródigamente para su adorno. El granito color de rosa arrancado de las montañas cercanas —tan hoscas y

duras en la apariencia, pero en realidad, tan generosas, pues le han dado oro para comprar su fama de tierra rica, piedra para sus construcciones suntuarias y paisajes para la visión de un poeta que de tales desolaciones bravías hizo alta e incomparable poesía—; el granito rosado se ostenta por todas partes, hasta en el adoquinado de sus calles, y prolonga, a medida que el viajero camina por ellas, la nota del color y de la arquitectura en plazas y paseos, en calzadas y fuentes, en casas modestas y en palacios señoriales.

Cada una de aquellas calles, de aquellas casas en cuyas fachadas carcomidas se ve impresa la pátina del tiempo: cada uno de los palacios o conventos; todos los adustos edificios que le dan un aire de aristocrática vejez a la ciudad, tiene su historia, su conseja, su leyenda. Una calle lleva el nombre del soldado potosino —Damián Carmona— que cuando hacía su guardia en un cuartel de Querétaro al ser tocado por una metralla que le hizo derrumbarse con el techo que se hundía, al llegar al suelo, con el arma destrozada, impávido y sin quitarse el polvo de la explosión ni la sangre de las heridas, gritó ¡Cabo de cuarto, estoy desarmado! Y una vez que le hubieron repuesto el fusil, siguió haciendo su vela con el increíble estoicismo de la raza. En el palacio de Gobierno firmó el Presidente Juárez la sentencia de muerte del Emperador Maximiliano, desoyendo las suplicas ardientes de una princesa que le pedía la vida del rubio archiduque y atendiendo, más

bien, a las voces sibilinas de un ministro que le aconsejaba: “Ahora o nunca, señor Presidente”. Aquel convento, amputado de la iglesia de la Compañía, se tornó en la casa de estudios de San Luis, Instituto científico, primero, después, Universidad potosina. Por sus claustros espaciosos pasearon ser auténtico saber ilustres profesores que empollaron nidadas de hombres de ciencia, artistas y poetas, destinados al continental renombre: Manuel José Othón, Ramón López Velarde, Manuel Herrera y Laso. Y aún resuenan en sus calles las disputas de oidores y golillas, el piafar de las caballerías de realistas e insurgentes, las alarmas por las entradas de mochos y liberales, de federales y luchas intestinas que en los últimos tiempos espantaron de la Plaza de Armas las galanas concurrencias, que iban a oír las bandas que tocaban “Poeta y Campesino” o la arrulladora música de los vales vieneses.

Una vez que ha mostrado las bellezas que tiene el centro, la ciudad le ofrece al visitante la melancólica paz de sus barrios donde hace un siglo se ha dormido la vida. Tras de llevarlo por calles cuyo ambiente arrulla y hechiza el alma con su embrujo que invita a quedarse para siempre en cada casa, para disfrutar de la vida que se adivina profundamente hogareña, rodeada de cantos de pájaros y de tientos florecidos; tras de soñar en cada ventana con las historias de amor que habrán pasado por ellas —historias de amor que todavía en este tiempo se escriben con furtivas cartas que van y vienen por las rejias; con suspiros y

miradas—; tras de la jornada por largas calzadas o a través de vericuetos y encrucijadas, se llega a la plazuela de jardines raquíuticos, de árboles caducos, y en uno de cuyos lados hay un templo, también empolvado y triste, de sencilla portada e interior doliente y sombrío.”

He robado de mi potosino abuelo algunas páginas de su novela *Golon-drina* para junto con él celebrar el día de hoy el feliz alumbramiento de una criatura, programada como las de hoy en día, dentro de una numerosa familia que idealmente debería tener 32 hijos. Como en toda familia numerosa es muy probable que algunos de los hijos no nazcan, o que su salud sea precaria. Afortunadamente en este caso particular el niño nació de muy buen peso, y su condición física es inmejorable. Esto no se debe al azar: tanto la madre como el padre, María Isabel Monroy y Tomás Calvillo son progenitores preocupados, responsables, bien educados y maduros.

El Fondo de Cultura y el Colegio de México han promovido con mucho interés la colección de esta serie de breves historias cuya razón de ser es dar a conocer, a un público local, “las virtudes y las proezas de cada entidad federativa y los vicios y desgracias de los estados vecinos”, como señala en su “Llamada general:” don Luis González. Y quien mejor para dar a conocer una historia local que los historiadores que siente simpatía por el tema, que están afectados por ella, que son capaces de comprenderla. Porque para escribir historia se necesita pasión, que como dice don

Luis “[...] es la que le pone la sal, el chile y la pimienta[...]” pero mal administrada hace de tales libros causas seguras de indigestión”.

Hace unos días, en la presentación de un libro sobre la Edad Media, una persona del auditorio preguntaba al autor del voluminoso texto, cómo era posible que en tan solo 500 páginas se pudiera contar la historia de tantos siglos de la humanidad. La pregunta me pareció muy pertinente ¿Cómo le hacen los historiadores para contarnos en unas cuantas páginas años y años de historia, de la Historia con mayúscula, y de pequeñas historias cotidianas que concatenadas van formando la vida de una ciudad, o de una región o de un país? El reto al que se enfrenta el historiador no es nada fácil. ¿Qué elegir y qué desechar?, ¿qué hechos hay que narrar y cuáles no? ¿Qué temáticas se deben privilegiar frente a todas las posibles que encara la vida diaria? Paul Vaevne asegura que “Todo es histórico[...] todo lo acaecido realmente”. Y para mayor dificultad en el caso del libro que hoy nos convoca, había además que ser breve. El desafío es monumental.

Escribir historia es sin duda un reto de humildad, porque como historiadores deseáramos hacer un relato lo más completo posible, donde se dieran todas las fechas, se enumeraran todos los hechos, se hiciera mención de los protagonistas y de quienes no lo fueron. Pero en la práctica esto es impensable, se puede decir que es imposible. La historia, nos dice Marrou se hace con documentos:

aunque Lucien Febvre ha vuelto a decir: “La historia[...] puede hacerse, debe hacerse, sin documentos escritos cuando no los hay. Con base en todo aquello que el ingenio del hombre historiador puede utilizar para fabricar su miel, a falta de flores normales. Con paisajes y tejas, con formas de campos y malas yerbas. Con eclipses de luna[...] con dictámenes de piedras[...] En una palabra, con todo aquello que es del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, denota la presencia del ser del hombre.”

Pero aún así los documentos sólo nos dan acceso a partes de la historia, a fragmentos de ella. De ahí que la reconstrucción del pasado siempre será una tarea incompleta. La tarea del historiador consiste en decidir qué desea conocer y salir entonces a la búsqueda de aquel objeto o documento que guarde la respuesta escondida. ¿Cuál es el sentido de hacer una historia general, de cinco siglos de una región, si de antemano sabemos que sólo podremos contar con pequeñas partes de la misma?

Si como Collingwood pensamos que el pasado está en el presente, que los sucesos pasados dejan su huella en el presente, que si estudiamos el pasado es porque de cierta manera no está muerto, entonces la historia tiene sentido, porque lo que no está muerto son sus maneras de pensar. “Estudiamos la historia con el fin de ver más claramente la situación dentro de la cual debemos actuar”. Los problemas nos surgen del presente mientras que su solución la podemos buscar en el pasado. En este sentido

toda interpretación histórica conduce a una interpretación histórica del presente. Así, pensar que el pasado que el historiador estudia no es un pasado muerto, sino que sobrevive de algún modo, implica pensar la historia no como una ciencia de hechos o sucesos, sino como una ciencia de procesos. En la historia no existen principios ni finales. El pasado brilla a través del presente, aunque de otra manera.

Los elementos con que contaron los historiadores de esta obra para llevarla a cabo, son las fuentes, los documentos, los objetos, dejados por potosinos ilustres, y potosinos comunes; documentos indispensables, en los que se ha venido contando, fragmentariamente, la historia del lugar, la tradición de su pensamiento, la construcción de su proceso. Los padres de esta breve historia han elegido lo que consideran importante para explicar un presente, el presente de San Luis Potosí. Y para ello hicieron uso del pensamiento de otros autores, en ocasiones frecuentes actores fundamentales, como los ilustres potosinos Primo Feliciano Velázquez, Joaquín Meade, Manuel Muro, Nereo Rodríguez Barragán, Rafael Montejano, Francisco de la Maza, Ramón Alcorta, Jesús Silva Herzog, Enrique Márquez, sólo por mencionar algunos y dejando fuera a los más. En la bibliografía que se presenta, resalta el interés que muchos historiadores, tanto nacionales como extranjeros, han tenido por estudiar esta región en sus muy diversas etapas históricas y desde las innumerables posibili-

dades temáticas y cronológicas que la historia de San Luis ofrece. Quiero destacar especialmente los recientes trabajos de los jóvenes historiadores, muchos de los cuales están ahora con nosotros, que con sus tesis innovadoras y metódicas han contribuido a la elaboración de esta obra.


Gracias a esta documentación fue posible que María Isabel Monroy y Tomas Calvillo pudieran llevar a cabo este esfuerzo de síntesis que nos presenta en forma breve, y de manera ágil y amena, con una narración y pluma envidiables, la historia de una entidad federativa cuya vida está íntimamente ligada a la de todo un país. Esta microhistoria, o historia patria, tal vez una de las maneras más acertadas de acercarse a la historia de México, es el resultado de un trabajo muy serio que con gran acuciosidad y esmero plasmaron los autores en tan sólo 331 páginas.

“Nuestras patrias [dice don Luis] han estado secularmente en contacto íntimo con la tierra. Su población rústica y semirústica se ha repartido entre el corto caserío del pueblo y un número determinado de minúsculas rancherías. Por regla general, los pueblos con sus calles y plazas, conforme al patrón de retícula o tablero de ajedrez, datan unos del siglo de la Conquista y otros de tres siglos después. Cada uno de los dos mil municipios rústicos de México tiene su propia personalidad en el orden de la cultura. La gran mayoría de la gente de los dos mil municipios mexicanos de dimensiones rústicas y

semirústicas suele estar emparentada y conocerse entre sí.”

Y si esto es verdad la gran mayoría de quienes estamos aquí nos conocemos y recibimos gustosos una historia que nos une tanto en lo regional como en lo nacional. De ahí la pertinencia de esta historia.

El recorrido por la historia de San Luis parte de una presentación de su geografía, de su territorialidad, indispensable espacio físico donde se genera este proceso, al poblamiento inicial de la región, los asentamientos chichimecas, la colonización española, la vida independiente y las movidas preocupaciones del presente. Si el eje que articula este relato está dado en función de una historia fundamentalmente política, en el mismo no se olvida el papel que juega una sociedad actuante, siempre viva, vigilante, participante en el proceso de la construcción cotidiana.

Una última página titulada “Espacios de creación”, más una cronología y un excelente bibliografía comentada redondean la obra. Es tal vez en estas últimas cuartillas donde entra la nostalgia por la ausencia de lo no dicho. ¡Cuántas cosas quedan en la memoria! ¡Cuántos hechos no narrados! ¡Cuántos políticos, literatos, médicos, pintores, abogados no mencionados! ¡Cuántas anécdotas no contadas!. Esta obra se convierte entonces sólo en un llamado. La evocación de un presente que busca en su pasado lo que no está muerto, sino lo que lo posibilita a seguir vivo. 

Valentina Torres Septien